

1. Diáspora vs. Galut:

DIÁSPORA (del griego διασπορά, “dispersión”) es el término con el que se denomina al conjunto de las comunidades judías fuera de Palestina (*Eretz Israel* [“Tierra de Israel”] en hebreo) desde los tiempos más antiguos (p.e., la colonia judía de Elefantina, en el Alto Egipto) hasta nuestros días.

La tradición judía, ha utilizado un término hebreo que no es estrictamente sinónimo de diáspora. Es el término GALUT (de la raíz *glh-2*: “deportación”, “exilio”, “destierro”), término que contiene una importante carga negativa que diáspora, en principio, no tiene. Vivir en galut es vivir la pena del desarraigo, producto de un destierro traumático, forzoso y violento, que en la memoria judía se asocia a las dos destrucciones del Templo de Jerusalén, primero por Nabucodonosor de Babilonia (587 a.C.) y después, en el año 70 d.C., por Tito, quien se encargó de finalizar la primera guerra contra los judíos cuando su padre, Vespasiano, fue aclamado emperador por las legiones de Oriente. En la memoria judía, ambas destrucciones son absolutamente paralelas y se recuerdan el mismo día de duelo (el terrible *tishá be-ab*, el nueve del mes de Ab), pero es la segunda la que constituye el verdadero mito fundacional del Exilio judío: no hay una imagen que mejor lo ilustre que los conocidos relieves del arco de Tito en Roma, donde aparecen los prisioneros que participaron en el desfile triunfal en honor del emperador y su hijo junto con el botín conseguido en la campaña (de manera destacada, la gran *menorah* o candelabro de los siete brazos del Templo).

Algunos estudiosos e investigadores en Historia de los Judíos intentan conciliar las dos tradiciones y los dos términos, utilizando uno u otro dependiendo del período histórico. De esta manera, galut haría referencia a la dispersión forzada de los judíos tras la desaparición de su Estado en la tierra de sus ancestros, mientras que diáspora sólo se debería aplicar a la dispersión “voluntaria” (voluntaria porque se habría producido en un momento en el que todavía existía un estado judío, o cierto grado de autogobierno en torno al Templo de Jerusalén y a su sacerdocio). Galut, por tanto, cubriría el largo período que va desde el final de la Primera Guerra Judía (66-70 d.C.) hasta la fundación del moderno Estado de Israel. Y Diáspora, en sentido estricto, se debería utilizar para denominar a las comunidades judías de hoy en día y a las que se formaron, antes del fatídico año 70, por todo el mundo antiguo grecorromano. Entre los siglos III a.C. y I d.C. las comunidades judías (cuyo modelo más destacado es el de Alejandría) se extendieron por todas las ciudades y estados del Oriente helenístico, y continuaron haciéndolo bajo dominio romano, apareciendo pequeñas comunidades en Italia y en algunas de las principales ciudades de las provincias occidentales (Hispania, Galia, Mauritania, etc.).

Yo prefiero utilizar sólo el término diáspora, que, al ser más impreciso, engloba todo tipo de situaciones y procesos que afectaron a la vida de las comunidades judías durante su larguísima historia, independientemente de lo que ocurriera en Palestina. Evitamos, de esta manera, reproducir los viejos tópicos de siempre, que el mayor volumen de informaciones históricas continuamente pone en entredicho.

Si profundizamos en la historia de la provincia romana de Judea, constatamos que, contrariamente a lo que afirman la tradición y el mito asociado al 9 de Ab, el año 70 no supuso un cambio radical en la vida de los judíos en el Imperio Romano: la provincia de Judea (provincia de Siria-Palestina, tras la revuelta del mesías Bar Kokhba en los años 132-135 d.C.) siguió teniendo una importante población judía y siguió siendo un centro de autoridad con la aparición de la institución del Patriarcado. En el resto del Imperio los judíos pudieron seguir practicando sus ritos sin apenas restricciones: las necesarias para controlar el funcionamiento de las asociaciones de carácter privado en las que estaban englobados los seguidores de los cultos orientales en Roma (*collegia*, *sodalicia*) y asegurar cierto orden público. Las nuevas comunidades, en la mitad occidental y latina del Imperio, más tardías y menos numerosas, tuvieron un status diferente a las helenísticas, como bien muestra la documentación epigráfica procedente de las catacumbas judías de Roma, y se formaron en la mayoría de los casos al mismo tiempo que se constituyeron las primeras comunidades cristianas, de las que las poblaciones locales no las distinguían fácilmente. Esto condujo a la aparición de ciertas manifestaciones de sincretismo judeocristiano que bien se encargaron de combatir y erradicar las autoridades cristianas desde los primeros concilios (p.e. el concilio de Elvira).

Lo que sí marcó un cambio de rumbo radical en la historia judía fue el triunfo de las religiones monoteístas universalistas: Cristianismo e Islam, muy particularmente el primero. Pero incluso en este caso, la historia de las comunidades dista de ajustarse completamente al esquema mítico del galut: depende de las circunstancias, de las posibilidades que ofrecía el territorio, etc.

Por tanto, de acuerdo con las informaciones y modelos explicativos de la investigación histórica, reducir Diáspora a Galut es simplificar y despreciar un proceso complejo en su origen, múltiple en su desarrollo, rico en lo cultural y acelerado en el tiempo por el que el judaísmo y los judíos se fueron extendiendo, no siempre de manera violenta o traumática, no siempre, tampoco, desde Palestina (había otros centros y focos de población judía tanto más importantes que *Eretz Israel*), por toda la ecumene, por el mundo conocido en constante expansión de fronteras. Es despreciar el atractivo que el Judaísmo pudo tener en otros pueblos, su capacidad de proselitismo. Ciertamente el Judaísmo desconoce el concepto de "misión", no hay un proselitismo activo, pero sí hay desde siempre un proselitismo pasivo, pues el mismo hecho de la dispersión permitió que "Israel fuera una luz entre las naciones".

Esta visión histórica choca frontalmente con la memoria colectiva judía, para la que el mundo donde les ha tocado vivir a los exiliados y sus descendientes es un mundo hostil y peligroso, donde les acechan todo tipo de calamidades: en suma, un Valle de Lágrimas. El cronista Yosef ha-Kohen, descendiente de judíos expulsados en 1492, puso precisamente ese título a su conocida crónica: *Emeq ha-Bakha* (El Valle del Llanto). No podemos obviar este hecho: que los protagonistas principales de esta historia, los judíos, han recordado y transmitido generación tras generación una valoración muy negativa de su vida entre los gentiles. Sus sufrimientos merecen respeto, pero ese respeto no debe impedir que la memoria sea sometida a la crítica histórica y que se intente matizar sus contenidos (lo que no se debe confundir con el memoricidio que algunos pseudo-historiadores, animados por oscuros motivos, han cometido. P.e., los historiadores revisionistas del Holocausto).

La memoria colectiva del pueblo judío, como la de cualquier otro pueblo, es producto de una compleja elaboración, selección, edición y transmisión que no es inocente ni casual. Por detrás siempre hay un grupo de poder interesado en imponer su visión del pasado. Ciertamente, hubo momentos de enorme sufrimiento, pero no todo fue sólo y exclusivamente sufrimiento, marginación, persecución, destrucción, etc.

Dos son las razones principales que ayudan a explicar por qué se generalizó la visión negativa y traumática contenida en el término galut para toda la historia de la dispersión judía.

En primer lugar, como instrumento de control ideológico y social: según los presupuestos del pensamiento tradicional judío, si Yahweh es un Dios justo que actúa en la Historia, todos los acontecimientos deben ser asumidos como justos premios a la fidelidad o, mucho más frecuentemente, como castigos a los constantes incumplimientos del pueblo en su conjunto o de ciertos sectores del mismo. Es fácil, por tanto, que el control de la memoria se convirtiera en instrumento de control social por su capacidad de censurar costumbres, acciones, propuestas, ideas y de poner coto a la difusión de saberes "no judíos", potencialmente peligrosos para una sociedad tradicional como la judía. Una memoria que pretende evitar los contactos con el mundo más allá de los muros del gueto y reforzar la cohesión interna ante un enemigo común que odia desde siempre a los judíos y los odiará hasta el final de los tiempos.

La segunda razón hay que buscarla en la constante preocupación de los judíos por la genealogía. Insistir en que la Diáspora fue producto de un proceso de deportación desde la tierra bíblica de sus ancestros, era la mejor manera de reforzar la identidad judía y resolver la cuestión de la génesis de tal o cual comunidad. Las poderosas familias aristocráticas que controlaban el gobierno de la comunidad justificaban así su poder y preeminencia social, a la vez que sancionaban sin posibilidad de réplica la genuina pureza de las costumbres, usos y tradiciones legales de su comunidad. Esta es la razón de que se popularizara entre los judíos hispanos la exégesis de *Abdías 20*, único pasaje de la Biblia donde se menciona un oscuro lugar llamado Sefarad.

2. Excelencias de los Hebreos.

Así tituló el marrano portugués Isaac Cardoso (1604-1681) su obra más conocida, una completa apología de la nación judía como otras que se escribieron en la Europa del XVII y XVIII, momento en el que los judíos europeos, en especial los sefardíes, empezaron a tener consciencia de los beneficios que su condición de dispersos les reportaba.

La Diáspora ha marcado profundamente el carácter del pueblo judío y sus formas de vida.

En el haber, en la parte positiva de lo que la Diáspora ha supuesto para el pueblo judío, hemos de empezar destacando que el judío es un pueblo de colonos que no dudan en trasladarse e instalarse en nuevos territorios a la búsqueda de mejores condiciones de vida, conscientes de su utilidad para los nuevos o los viejos señores de esas tierras. Así fue en el proceso de conquista y repoblación de la Edad Media Hispana, en la expansión hacia el Este del reino de Polonia-Lituania, etc. Es también un pueblo de fronteros, de gentes que se mueven de un lado a otro de las diferentes fronteras políticas, religiosas, culturales... Haciendo de la necesidad una virtud, se convirtieron en un pueblo cosmopolita y conocedor de lenguas. No es casualidad que los judíos hayan tenido un papel de tanta importancia en la transmisión de conocimientos y saberes por la Europa cristiana, como hizo el judío de Tudela Abraham ibn Ezra (1089-1164), paradigma del sabio viajero, del judío errante.

La sociedad judía de la Diáspora es una sociedad de emigrantes que se organiza según sus lugares de origen, sus fidelidades y culturas, como hicieron las sucesivas oleadas de emigrantes a Estados Unidos y América del Sur en los siglos XIX y XX. Así sucedió con la Diáspora sefardí en los lugares donde se asentaron los judíos expulsos o los marranos descendientes de ellos. Véase los casos de Amsterdam, Ferrara y, sobre todo, Estambul.

En el debe, en la parte negativa, hemos de insistir en la inestabilidad, fragilidad de las condiciones de vida de los judíos, siempre pendientes de los menores cambios que pudieran desequilibrar la balanza en su contra.

Con todo, el hecho de vivir en un mundo dividido siempre les fue beneficioso. Dice un dicho rabínico que Dios dividió el mundo para salvar a su pueblo, para que siempre pudiera encontrar un lugar donde refugiarse: como pasó en la España medieval, tanto las tierras del Islam y del Cristianismo fueron, sucesivamente, tierras de refugio y de persecución.

Por otro lado, las sociedades multiculturales y multiétnicas siempre han sido buenas para los judíos. Sociedades complejas en las que los judíos no eran los únicos disidentes y/o herejes. La ruptura de la unidad de la Cristiandad occidental con la Reforma Protestante fue favorable a los judíos, que se beneficiaron de la formulación del concepto de tolerancia después de las guerras de religión. Antes de que se hablara de lo mediterráneo como hoy se habla hasta la saciedad, antes de que se hablara de Europa... antes de todo esto estaban los judíos como el primer pueblo verdaderamente mediterráneo y europeo. Actualmente se está reivindicando la riqueza de la Mitteleuropa desaparecida tras el final del imperio Austrohúngaro, que tanto le gusta a Luis García Berlanga incluir en los diálogos de todas sus películas: en esa Mitteleuropa tuvieron una contribución fundamental los judíos. Un mundo que vieron desaparecer, entre otros, Joseph Roth (*La marcha Radetzky*) y Stefan Zweig (*El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Barcelona, El Acantilado, 2001).

La mención de Zweig me lleva a la última característica del pueblo judío como un pueblo que vive disperso: es la nostalgia. Los judíos son un pueblo de nostálgicos... siempre añorando un paraíso perdido, siempre con el sentimiento de haber sido arrojados al este del Edén... No es sólo la añoranza por volver a su tierra. El judío siempre tiene el corazón en otra parte o en varias partes a la vez. Es muy interesante un documental sobre los sefardíes que se proyectó el 2 de noviembre de 2003, en la Noche Temática de Arte, el 29 de noviembre del 2003: "El último sefardí", protagonizado por Eliezer Papo, un joven rabino y profesor de ladino. También puede resultar de interés una reciente película argentina, "El Abrazo partido", de Daniel Burman (premio del festival de Berlín 2004), la enésima versión del inagotable mito del judío errante.

3. Varius Multiplex Multiformis.

En el *Sistema Periódico* Primo Levi dedica el primer capítulo a hablar de sus antepasados judíos piamonteses. Titula el capítulo "Argon", uno de los gases nobles.

La sociedad tradicional judía ha querido desde siempre tener las características que los químicos como Levi asocian a un gas noble: un gas que no entra en reacción con ningún otro elemento, inerte, estable, sin cambios...Por la comunidad judía el tiempo no pasa: los judíos están fuera del tiempo y de la Historia, a la espera de la redención que los devolverá a su tierra. Si algo ha mantenido unidos a los judíos ha sido su esperanza a toda prueba, su esperanza cuando la Historia no daba motivos para la esperanza, su seguridad en que el que los "esparsió" los recogerá.

De más estar decir que ese ideal de aislamiento, de impermeabilidad a la cultura del entorno, difícilmente se hizo realidad.

Hubo momentos en los que la presión exterior reforzó la identidad judía y otros en los que la sociedad abierta del entorno favoreció la apertura de los judíos y que reformularan su identidad. El primer caso tiene el peligro de la "guetificación" de la cultura judía, el segundo entraña el peligro de la asimilación (el gran porcentaje de matrimonios mixtos es el mayor peligro que algunos analistas judíos observan para el futuro de la judería de USA) y el debilitamiento de los lazos intracomunitarios judíos.

El resultado del largo proceso de interacción cultural (querida, temida, impuesta, asumida, natural, artificial, profunda, superficial...) es el microcosmos de culturas judías existentes en la actualidad. El mundo judío es enormemente diverso, múltiple y multiforme, y así debe continuar. La declaración de independencia del Estado de Israel no ha sido ni debe ser considerada el acta de defunción de la Diáspora, de una Diáspora rica, activa e influyente. El judío de la Diáspora no es el pobre judío envilecido en el gueto que los sionistas querían redimir y transformar en un nuevo judío, agricultor y soldado, virtuoso y productivo. Tampoco es el judío pasivo y resignado que espera la redención y que, como los judíos ultraortodoxos, se niega a integrarse en las sociedades del entorno. Los ortodoxos incluso reniegan del estado de Israel, al que algunos de los más radicales consideran impío.

Por otro lado, el ideal del sionismo de hacer de Israel un crisol de Diásporas es un gran error y se está viendo en la actualidad israelí con las tensiones entre los judíos sefardíes-askenazíes, religiosos-laicos, rusos, etíopes, yemeníes, yekkes (alemanes)... Israel, más que a un "melting pot" se encamina a convertirse en una sociedad plenamente multicultural con todas sus ventajas y todas sus tensiones e inconvenientes.

4. La Diáspora en la península Ibérica:

Termino estas páginas con unas breves notas sobre la Diáspora judía en la península Ibérica. Existen dos monografías en las que se recogen todos los datos, informaciones y teorías sobre la llegada de los judíos a la Hispania antigua: Luis García Iglesias, *Los judíos en la España antigua* (Madrid, Cristiandad, 1978) y Luis García Moreno *Los judíos de la España antigua. Del primer encuentro al primer repudio* (Madrid, Rialp, 1993).

Por tres nombres conocieron los judíos de la Antigüedad la península Ibérica: Tarsis, Aspamia y Sefarad.

Tarsis es el topónimo más antiguo y aparece asociado siempre con los fenicios de Tiro. Tarsis es un país de fabulosas riquezas cuyo comercio controlan los tirios. Se trata con toda probabilidad del Tartessos de las fuentes griegas. Estas menciones en la Biblia no nos permiten suponer que los israelitas llegaran a nuestras costas. Los fenicios controlaban muy celosamente las rutas y no permitirían intromisiones, pero sí ayudaron a Salomón a tener una flota de "naves de Tarsis" para que comerciara con Ofir y otras regiones del mar Rojo, a las que los fenicios no tenían acceso. Las naves de Tarsis eran un tipo de nave especial, una nave de gran calado que permitía las grandes travesías, algo similar a los "transatlánticos" del pasado siglo.

Aspamia (=Hispania) aparece en las fuentes judías cuando los romanos empiezan a intervenir en los asuntos judíos al apoyar a los macabeos en contra del rey Antíoco de Siria. Hispania, a los ojos de un judío de Palestina es el extremo del mundo conocido y como tal lo introducen en la casuística rabínica (p.e. en la cuestión de la usucapio). De ese lugar lejano, pero ya sin los rasgos fabulosos de la mítica Tarsis, llegan también gentes y mercancías, como un producto mencionado en la Mishnah que se suele traducir como “atún español”. La *Pax Romana* favoreció el intercambio y los movimientos de gentes por todo el Mediterráneo, ahora verdadero mar interior, lago jalonado de ciudades, *mare nostrum*.

Sefarad es un topónimo con una historia más compleja. El que Hispania fuera el confín del mundo conocido hizo que en el targum, traducción y comentario arameo de los libros de la Biblia, se introdujera una glosa en el versículo de Abdías 20 donde se afirma que los desterrados de Jerusalén (*galut yerushalayim*) estaban en un desconocido lugar llamado Sefarad (probablemente, en su origen, Sardes). Para el comentarista, Sefarad no podía ser otro lugar que Hispania. Este comentario no tuvo mayor trascendencia y se habría mantenido en la oscuridad, como otros que son meras curiosidades, si los exegetas y sabios judíos de al-Andalus no se hubieran empeñado en popularizar esa identificación que los constituía en aristocracia judía, en Diáspora orgullosa de la pureza de sus tradiciones religiosas y culturales (véase al respecto las palabras del granadino Mosheh ibn Ezra)

Los textos, por tanto, no nos proporcionan ninguna información sobre el origen de la Diáspora judía en Hispania. Más que soluciones plantean problemas, porque se han prestado desde antiguo a la falsificación y a la elaboración de toda una mitología que todavía se mantiene en la investigación moderna. Por otro lado, la arqueología no proporciona, de momento, datos. Es difícil seguir el rastro material de los judíos: son invisibles desde el punto de vista material. En mi opinión, el resto judío más antiguo que no admite dudas es la inscripción funeraria de Annia Salomonula, una niña liberta de Adra, que se fecha en el siglo III d.C. El Justino Neapolitano del Museo de Arte Romano de Mérida no era judío: Flavia Neapolis (la actual Nablus) fue una fundación del emperador Vespasiano tras la primera guerra judía en el corazón de Samaría, y bien sabemos lo mal que se llevaban judíos y samaritanos, hasta el punto que los galileos solían dar un gran rodeo al viajar a Jerusalén para no pasar por territorio samaritano.

La Diáspora judía en la península Ibérica fue tardía y poco numerosa: es falso que fuera anterior a la expansión del cristianismo y que Pablo de Tarso pensara aprovecharse de la existencia de comunidades judías para predicar la buena nueva cuando expresa su propósito de pasar por Roma camino de Hispania. De acuerdo con la distribución de los restos materiales y su cronología, la principal zona de asentamiento de judíos, de origen greco oriental, fue la Tarraconense (inscripciones de Tarraco y Tortosa). Otra zona importante fue la capital de la Lusitania, Mérida. Sorprende los pocos datos sobre los judíos en la Bética y en especial en su capital, Córdoba, si bien los relatos de la conquista musulmana insisten en la numerosa población judía de ciertas ciudades del sur y la colaboración que prestaron.

Los judíos llevaron una vida que hemos de suponer tranquila y sin sobresaltos hasta que la presión cristiana hizo que dejaran de ser invisibles y se convirtieran en una minoría estigmatizada. Documentos interesantes de este proceso son las actas del Concilio de Elvira (principios del siglo IV), las homilias de Gregorio de Elvira (segunda mitad del siglo IV) y la carta del obispo Severo de Menorca (principios del siglo V d.C.).

Con los diferentes decretos de expulsión de los reinos hispánicos (Castilla-Aragón, Portugal, Navarra) Sefarad se convirtió en foco de dispersión, en tierra de ida y vuelta para muchos judíos. Primero los judíos que salieron expulsados, después los que regresaron bautizados o pidiendo el bautismo; por último, sus descendientes cristianos nuevos que no habiendo podido, como decía Antón de Montoro el Roperero de Córdoba, sacudirse el estigma de “putos judíos” optaron por salir de los reinos de la monarquía hispánica a lo largo del XVII.

La influencia cultural de lo hispánico fue enorme en el mundo mediterráneo. La gran obra de la tradición y ritual sefardí, el *Shulján Aruj*, respondió a la necesidad de sistematizar y poner por escrito la tradición viva en la aljamas españolas en peligro de desaparecer.